

CONSIDERACIONES ESTRATÉGICAS EN LA EXPANSIÓN AFRICANA EN EL TRÁNSITO A LA MODERNIDAD

Leandro Martínez Peñas

1.- Los porqués de una expansión.

"¿Razones? Muy diversas, a veces escasamente relacionadas entre sí. Ante todo se alejaba la defensa de la cristiandad contra el Islam, seguida de la conveniencia de protegerse de los piratas berberiscos. Pero, sobre todo, se busca la expansión, el crecimiento: es el impulso hacia fuera que, tras el éxito de Granada, deseaba continuar. Por eso se hacen simultáneamente preparativos para tomar algunas plazas en Tremecén o Fez, envíos de refuerzos para concluir la conquista de las Islas Canarias y contactos con los musulmanes de las costas saharianas para inducirles a reconocer a los monarcas españoles"¹.

Cada vez tiene menos fuerza entre los historiadores el planteamiento que sostiene que la expansión peninsular en el Norte de África tuvo en el factor religioso una de sus principales causas. El análisis de la documentación castellana en la que se estudia, se debate y se planifica la acción que acabará llevando a la conquista de Melilla desvela que en ningún momento los dirigentes cristianos fijaron su atención en aquella plaza por razón religiosa alguna. Sus defensas, su situación estratégica en el comercio, su posición geográfica al final de las rutas

¹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Los Reyes Católicos. La expansión de la fe*, pág. 203.

caravaneras de África, lo disputado de su soberanía entre los poderes locales, el apoyo que la población parecía estar dispuesta a dar a una ocupación castellana, lo relativamente fácil que resultaba de aprovisionar desde la costa andaluza, las condiciones defensivas que brindaba su orografía... Todo ello son elementos que se analizan y se tienen en cuenta, pero hay una ausencia total de elementos religiosos en el debate y en la planificación.

Las monarquías peninsulares, tanto la de los Reyes Católicos como la portuguesa, no dudaron en comerciar con ciudades musulmanas o en firmar acuerdos diplomáticos con reinos islámicos. Mercaderes lusos, vizcaínos, andaluces, catalanes o mallorquines tenían una larguísima tradición de comercio con el Islam, para la que los Reyes Católicos se encargaron de obtener el respaldo pontificio a través de una bula que declaraba lícito desde el punto de vista moral dicho comercio. Incluso en los casos en que se limita o prohíbe el comercio, se hace por razones pragmáticas: en el caso antes mencionado de Bona, la prohibición se basa en que los comerciantes locales engañaban en los precios a los peninsulares, sin que mediara en dicha prohibición cuestión religiosa alguna. El reino de Túnez era tradicionalmente amistoso a la monarquía peninsular, y en dicha amistad se basaba buena parte de las esperanzas de lograr detener la penetración otomana en el Mediterráneo Occidental.

Los Reyes Católicos no intentaron, para respaldar sus acciones africanas, obtener la declaración de una Cruzada. Puede que existiera una razón pragmática para ello: quizá se había presionado ya demasiado a los contactos en Roma y en la corte pontificia para obtener las bulas que reconocieran la soberanía castellana sobre las tierras descubiertas en América. Pero también es posible que no se buscara la declaración de Cruzada porque el propósito no era, en esencia, religioso. Una Cruzada, además, poseía unos elementos de internacionalización –ya que se suponía que era un movimiento que atendía al interés conjunto de la cristiandad- que en modo alguno casaba con las intenciones peninsulares en África. Ha quedado bastante claro

en diversos estudios que el factor religioso ejercía una influencia mínima, si es que ejercía alguna, en Fernando, y también parece que fue Fernando el principal impulsor de la expansión africana –no olvidemos que la mayor parte de la misma tuvo lugar a partir de 1505, muerta Isabel- aún cuando esta se hiciera en nombre de Castilla.

El hecho de que Isabel y Fernando hayan pasado a la historia con el apelativo de Reyes Católicos hace olvidar que la religión fue un factor mucho más determinante en las expediciones africanas portuguesas que en las castellano-aragonesas. Al menos en dos momentos, en los reinados de Alfonso V en el siglo XV y de don Sebastián en el siglo XVI, el espíritu de cruzada será consustancial a las campañas norteafricanas emprendidas por ambos monarcas, de profunda religiosidad el primero y de religiosidad cuasi-visionaria el segundo. No encontramos, en cambio, una sola campaña de los Reyes Católicos en África cuya motivación principal haya sido religiosa. No hay que olvidar que, paradójicamente, el título de “Católicos” no lo obtuvieron los Reyes en una guerra de religión ni contra un enemigo infiel, sino por haber liberado al papa de la no siempre amable tutela francesa en el transcurso de las guerras de Nápoles.

Habría que esperar a la muerte de Isabel y a las regencias de Cisneros para que la idea de la expansión africana, alentada y maximizada por el cardenal, fuera dotada de un núcleo religioso de peso e importancia en la concepción de los proyectos que se emprendían. Hasta entonces, el ideal religioso de la lucha contra el infiel era un argumento que podía exhibirse de cara al reclutamiento, a la prédica en las iglesias y en la defensa de las expediciones ante el pueblo llano, pero no era un concepto que fuera manejado como importante por quienes tomaban las decisiones políticas, económicas, estratégicas y militares.

Así pues, una vez reducida la importancia de las motivaciones religiosas a lo que creemos fue su justo papel, nos encontramos con que la expansión africana en tiempos de los Reyes Católicos se explica, básicamente, por la conjunción de

tres motivos: intereses económicos; intereses defensivos e intereses estratégicos.

Todas las decisiones que se tomaron respecto al área geográfica del Magreb tienen en cuenta los efectos que tendrán sobre la economía en general y el comercio en particular, desde qué ciudades ocupar a qué rutas navales seguir o con qué reinos musulmanes firmar acuerdos.

En lo referente a la cuestión defensiva, lo evidente de la misma hacen innecesarias la mayor parte de las explicaciones: desde el punto de vista de los Reyes Católicos, ocupar diversas plazas norteafricanas era uno de los modos más eficaces de mantener a salvo la costa andaluza y el litoral levantino de los ataques de los corsarios y los piratas norteafricanos. De igual manera, se contribuía a aislar los núcleos de posible rebeldía que pudieran subsistir en las sierras de Granada impidiendo cualquier colaboración o aliento que pudieran recibir del Norte de África y minimizando el riesgo de un levantamiento a gran escala. Esta preocupación, como demostraron las revueltas de los años iniciales del siglo XVI, no era ni mucho menos irreal en aquel tiempo, y se temía que incluso pudiera ser apoyada con desembarcos de tropas norteafricanas.

A medida que los intereses mediterráneos de la monarquía se desplacen hacia el Este, con la adquisición del reino de Nápoles en 1502, estas necesidades defensivas se irán desplazando, igualmente, en esa dirección. Así, las plazas que irá ocupando la monarquía en los años siguientes cada vez se encontrarán más al Este: Mostaganem, Bugía, Orán, Trípoli...

El tercer gran motivo era estratégico: mantener una posición de fuerza en el escenario mediterráneo, lo cual aparejaba frenar la expansión creciente del imperio otomano, que proyectaba su sombra sobre el Mediterráneo Occidental después de haber convertido el mar Negro en un estanque de Constantinopla y el Mediterráneo Oriental en poco más que un lago turco. La alianza –que se revelaría solo teórica– con el Soldán de Babilonia, gobernante de Egipto, la protección brindada a los Caballeros de San Juan de Jerusalén, la muy

amistosa relación con los reyes de Túnez y el desplazamiento de las campañas de la monarquía hispánica cada vez más hacia el Este responden a esta vertiente estratégica de la intervención española en el Norte de África.

2.- Razones para una ocupación limitada.

Una cuestión sobre la que cabe meditar es por qué las potencias europeas, a finales del siglo XV y a lo largo del siglo XVI se limitaron al establecimiento de una serie de puntos fuertes y comerciales en lugar de producirse una colonización en profundidad como ocurriría en el siglo XIX.

Hay varias razones que explican porqué no fue posible, pero generalmente se obvia por qué ni siquiera se intentó –quizá con la única excepción del desastroso intento portugués encabezado por don Sebastián que acabaría en el desastre de Alcazarquivir, que supuso la anexión de Portugal a la monarquía hispánica-. Una vez planteada la cuestión, la respuesta que aparece con mayor fuerza es la que indica que las potencias europeas –en este contexto, España y Portugal-, no tuvieron verdadero interés en realizar una conquista generalizada del territorio. Dejando de lado las dificultades que esto hubiera supuesto, los intereses fundamentales de ambas potencias eran satisfechos sobradamente a través de la posesión de enclaves costeros concretos.

La primera de estas necesidades, de índole militar, era la de garantizar la seguridad de las costas de la ribera Norte frente a los ataques, ya de fortuna, ya organizados concienzudamente, que lanzaban diversos reinos norteafricanos. Como es evidente, la forma más directa y eficaz de lograr este objetivo era la ocupación por fuerzas peninsulares de los puertos que servían de base a los corsarios y piratas musulmanes. Así pues, en este sentido, no era necesaria una penetración y un dominio generalizado del territorio, sino tan solo asegurar el control de las estratégicas radas y bahías que jalonaban la costa mediterránea.

Además, dado que la mayor parte de las ciudades dominantes de los reinos norteafricanos eran costeras –con la excepción de Fez-, la ocupación de los puertos no solo privaba a los piratas de sus bases, sino que supondría la aniquilación de la estructura estatal que los sostenía. Por tanto, en aras de la eliminación de la amenaza pirática sobre las costas, las rutas y los navíos peninsulares, la ocupación del Magreb más allá del alfoz de sus puertos carecía de sentido.

La segunda necesidad era la de detener la expansión otomana hacia el occidente del Mediterráneo. Esta expansión, por razones orográficas, se realizaba, en su sentido físico, siguiendo la franja costera, extendiendo el largo brazo de Constantinopla para controlar o influir de forma determinante en el gobierno de los reinos norteafricanos. Dado que los centros políticos eran costeros o situados a muy escasa distancia de la costa, y dado que el interior, ya fuera sahariano o montañoso, no ofrecía a los otomanos vías de penetración aptas para desplazamientos militares hacia Occidente, por su relieve, sus condiciones y lo inmenso de las distancias, el territorio interior del Magreb no era un escenario importante en el afán de la monarquía católica por detener la expansión otomana. De hecho, el conflicto con Constantinopla sería, por lo que respecta a España, un conflicto naval, y las operaciones terrestres que se realizaron –desembarcos, asedios, asaltos de ciudades-estuvieron siempre mediatizados, en el plano estratégico, por esa concepción primordialmente naval del conflicto.

La tercera, y quizá más importante de las causas de la intervención hispánica en el Norte de África, eran las motivaciones comerciales. En este sentido, también es palmario que el control del interior resultaba ocioso para los intereses occidentales: bastaba con controlar las cabeceras de las rutas caravaneras para tener acceso a los productos que las caravanas desplazaban desde el corazón del continente negro hasta las orillas del Mediterráneo. Esta razón sellaría el destino de localidades como Ceuta, Melilla o Tánger, elegidas para su ocupación por ser importantes centros de llegada y regreso de las caravanas.

Controlar la totalidad de la ruta era, para la monarquía hispánica, ocioso, innecesario, costoso, y probablemente imposible en la práctica, pues aún en el poco probable caso de que sus ejércitos hubieran sido capaces de establecer un control de algún tipo sobre amplios tramos de estas rutas, su defensa, a lo largo de una delgada línea que serpenteaba por desiertos y montañas a lo largo de cientos de kilómetros, en un territorio cuyos pobladores serían hostiles por razones históricas, políticas, religiosas y económicas, se antoja totalmente imposible de llevar a cabo con éxito en todo lo que no fuera un espacio de tiempo extremadamente breve. De este modo, el comercio, con su enorme peso en las decisiones africanas, no impelía en absoluto a los Reyes Católicos a profundizar en la ocupación de regiones amplias de suelo africano.

En el caso portugués, existía una cuarta razón que explicaba su presencia en suelo africano: la protección de la ruta que llevaba a la India bordeando la costa atlántica del litoral africano. Nuevamente, en este caso la necesidad podía ser satisfecha ocupando únicamente una cadena de plazas costeras, sin que la ampliación de los dominios hacia el interior supusiera una ventaja significativa en el propósito de facilitar el tránsito hacia la India. Las plazas portuguesas en el litoral atlántico garantizaban puertos seguros, suministros, refugio, agua y mercados a las carabelas que navegaban hacia el Sur para doblar Buena Esperanza y Agujas, rumbo a las aguas del Índico, y su posesión erradicó casi por completo la actividad pirática musulmana en el área en cuestión. Penetrar hacia el interior, una vez más, no era necesario para los intereses portugueses.

Así pues, muy posiblemente, ni Portugal ni la monarquía hispánica tenían un interés manifiesto, claro y real en establecer un dominio territorial extenso hacia el interior del Magreb. Reflexionar si hubieran podido lograrlo, de haber existido dicho interés, es un ejercicio de historia-ficción, una especulación sumamente interesante pero sobre la que resulta imposible llegar a una conclusión que aspire al rigor científico. A mi juicio, la mejor manera de realizar una aproximación con cierta seriedad a esa cuestión es comparar los factores que favorecieron e

hicieron posible el establecimiento de los protectorados y dominios coloniales en el Norte de África en el siglo XIX con las circunstancias existentes a finales del siglo XV y en el siglo XVI.

En el siglo XIX, la principal ventaja de las potencias occidentales sobre los norteafricanos se basaba en su superioridad técnica, en especial en el campo militar, lo que posibilitó el sometimiento por la vía de las armas de aquellos territorios que no se mostraron lo suficientemente sumisos frente a los europeos. Sin embargo, en el siglo XV y en el XVI tal diferencia técnica entre el Occidente cristiano y el Magreb musulmán no existía o, en el peor de los casos, era infinitamente más reducida de lo que sería en el futuro. En armamento de infantería, el arcabuz –sustituido en época posterior por el mosquete- era el arma más moderna de los ejércitos cristianos, y era sobradamente conocida y utilizada también por sus rivales musulmanes. La artillería moderna –aquella que usa la deflagración de la pólvora y no la fuerza de torsión para lanzar proyectiles- no solo era también conocida por los musulmanes, sino que habían sido los mismos otomanos, durante el asedio de Constantinopla en el año 1453, quienes habían mostrado al mundo lo que los nuevos cañones, obuses, morteros y espingardas podían suponer en el arte de la guerra.

Si la monarquía de los Reyes Católicos tenía alguna ventaja militar sobre sus rivales magrebíes y turcos, se trataba de una superioridad de índole táctica, ya que la organización de la infantería en tercios se mostró como la más eficaz sobre los campos de batalla europeos durante algo más de siglo y medio. Sin embargo, a la hipotética ventaja que los tercios españoles hubieran supuesto en un conflicto a gran escala en el Magreb, cabe hacer dos objeciones: en primer lugar, el final del siglo XV y el comienzo del XVI –época principal de la expansión peninsular en África- estaban viendo nacer el tercio, que todavía no era la formación experimentada, equilibrada y desarrollada que sería en décadas posteriores. Se trataba, por tanto, de un instrumento táctico que daba sus primeros pasos y distaba aún de ser una maquinaria perfeccionada. En segundo lugar, la

orografía, el relieve y las condiciones climáticas en las que se hubieran desarrollado las campañas de conquista norteafricanas anulaban en gran parte todas las ventajas tácticas que daba una formación como el tercio. En terreno quebrado, a pleno sol, en un frente disperso y extenso, todo parece indicar que la ventaja táctica hubiera estado del lado de la caballería ligera musulmana, más rápida, más flexible, con una capacidad de movimiento en lo táctico y en lo estratégico infinitamente superior a las pesadas formaciones de arcabuceros y piqueros.

Parece posible concluir, por tanto, que la superioridad militar técnica y táctica de que los europeos se valieron en el siglo XIX no existía en los siglos XV y XVI, e incluso no es absurdo considerar que, en una campaña sobre suelo magrebí, la ventaja táctica, sobre todo a largo plazo, quizá hubiera estado del lado norteafricano.

Además, en el siglo XIX Turquía era un poder en franco retroceso en el mundo Mediterráneo, que luchaba fundamentalmente por mantener las posesiones que le restaban, en especial en la península de los Balcanes. Por el contrario, en el siglo XV y XVI era un imperio pujante, en franco proceso de expansión y capaz, por sí mismo, de poner contra las cuerdas al conjunto de la cristiandad, al tiempo que lograba espectaculares ampliaciones territoriales en el Norte de África, en Anatolia y en Oriente Próximo. Una campaña de conquista en profundidad del Magreb, con la amenaza turca pendiendo sobre el Sur y el centro del continente europeo y su constante amenaza, a modo de espada suspendida, sobre lo que serían los flancos de un avance en el Magreb, hubiera sido una empresa hartamente arriesgada, cuyas consecuencias encadenadas podrían haber dado un signo totalmente diferente a la historia europea y, por tanto, mundial.

Imaginemos, por ejemplo, qué hubiera pasado si Carlos V hubiera tenido sus fuerzas comprometidas en la hipotética campaña africana cuando Solimán reunió el mayor ejército turco jamás visto para marchar sobre Viena y, posteriormente, Roma. En aquel momento, solo la presencia de Carlos V en el corazón de Europa, al frente de un gran ejército formado con soldados de

todos sus dominios, pudo disuadir al Sultán de avalanzarse sobre una Europa que se hallaba fragmentada por las luchas entre Francia y España y entre católicos y protestantes. Muy distinta hubiera sido la historia europea si Carlos V hubiera tenido en ese momento comprometidas las fuerzas de su monarquía en una campaña a gran escala en el Norte de África.

Lo anterior es solo un ejemplo de cómo la pujanza turca a comienzos de la Edad Moderna hubiera dificultado hasta casi lo imposible el desarrollo de una conquista del Magreb como la ocurrida en el siglo XIX. Los otomanos, se quiera o no, fueron la fuerza dominante en el escenario Mediterráneo desde 1453 hasta 1571. No resulta difícil comprobar como todas las acciones de la monarquía hispánica y del resto de naciones cristianas en este periodo de tiempo tienen una finalidad esencialmente defensiva en relación con los otomanos o bien se trataba de maniobras de contención del poderío turco, incluso aquellas que adoptan una forma táctica ofensiva: Cefalonia no es más que el intento de salvar Venecia; Túnez y Argel son acciones que buscan proteger las costas españolas frente a los ataques piráticos, y lo mismo puede aplicarse a la práctica totalidad de las campañas mediterráneas hasta la de Lepanto, en 1571.

Por último, las propias circunstancias europeas que permitieron la expansión del siglo XIX no se daban en el siglo XV ni en el XVI. Los constantes enfrentamientos a gran escala entre naciones europeas, el estado de guerra en que Europa, y en especial la monarquía peninsular, estuvo sumida durante estos años hizo que solo en periodos de tiempo extremadamente breves y concretos pudieran los reyes hispánicos concentrar esfuerzos importantes en acciones en el Norte de África. Ya hemos visto en apartados anteriores cómo las campañas de Nápoles retrasaron la toma de Melilla, una acción militar indudablemente menor si la comparamos con lo que hubiera supuesto tratar de someter el conjunto del territorio de Fez, Tremecén o Túnez. Simplemente, las potencias europeas de la Edad Moderna, debido a las guerras en el continente, no dispusieron de la ocasión que les permitiera destinar recursos

bastantes durante un periodo de tiempo suficiente para plantearse una campaña de sometimiento del Magreb.

Resumiendo, en aras de la claridad, los párrafos anteriores, nuestra opinión es que las potencias europeas del siglo XVI no tuvieron nunca una motivación o interés real en el sometimiento de amplias extensiones interiores de territorio norteafricano, y, de haberlo tenido, casi con total certeza no hubieran dispuesto de la superioridad técnica y táctica para someter a los magrebíes, ni de la capacidad estratégica para contener a los otomanos mientras esto ocurría, ni hubiera existido la paz duradera entre europeos, necesaria para que una potencia cristiana hubiera tenido opciones reales de conseguir lo uno o lo otro.

El único intento portugués de una conquista interior realizado en el siglo XVI, la expedición de don Sebastián, parece dar la razón a esta línea de pensamiento. En primer lugar, hay que señalar que la expedición no respondió a un interés portugués tangible, sino a las ansias cruzadas y, si se quiere usar un anacronismo, románticas, que guiaban al joven rey luso: desde el punto de vista estratégico de Portugal, el enfrentamiento con el reino de Fez que, con la excusa de devolver el trono a un pretendiente derrocado, inició don Sebastián, era totalmente innecesario.

En 1578, don Sebastián se puso al frente de un ejército formado por la nobleza portuguesa, fuerzas mercenarias y un pequeño contingente de soldados españoles, que su tío, Felipe II, había puesto a su disposición pese a ser contrario a la expedición de su sobrino. Don Sebastián, tras desembarcar en Arcila, marchó hacia Alcazarquivir, donde se encontraban las tropas del rey de Fez, cuyo territorio pensaba someter y convertir el joven monarca luso. Agotados, extenuados y sedientos tras una larga marcha a pleno sol, las fuerzas portuguesas fueron masacradas el 4 de agosto de 1578. Los rescates que se pagaron por los nobles capturados arruinaron el tesoro portugués y la desaparición del rey, sin herederos, propicio que Felipe II

reclamara el trono de Portugal e incorporara el reino a sus dominios tras sofocar una débil resistencia.

Lo mismo puede decirse del intento castellano de someter los territorios del antiguo reino de Bu-Tata. Se trató de una circunstancia algo especial, ya que respondía, más que a los intereses africanos de la monarquía hispánica, a un conflicto de límites con Portugal, que en 1497 se había asegurado el sometimiento de Messa, área reclamada como propia por Isabel y Fernando. El proyecto terminó con el desastre de las Torres y la matanza de más de cuatrocientos castellanos en Nus, que llevó a los Reyes a regresar a la política de plazas litorales, como Santa Cruz de la Mar Pequeña, renunciando a todo intento de penetración hacia el interior o de sometimiento de grandes marcos geográficos.

3.- África la política mediterránea: un rompecabezas de múltiples piezas

"La política mediterránea de los Reyes Católicos se estaba perfilando cada vez con más claridad en torno a varios intereses complementarios: la defensa de los estrechos, delante de Sicilia, la penetración en el Norte de África, por vía militar en un caso o económica en otros"².

Acertada frase de la que resulta difícil disentir, ya que múltiples fueron los factores relacionados con el contexto internacional de las últimas décadas del siglo XV que dieron forma a la política africana de Isabel y Fernando.

² SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Los Reyes Católicos. La expansión de la fe*, pág. 208.

Uno de los más tempranos en manifestarse fue la relación entre Portugal y Castilla, que mediatizaría toda acción llevada a cabo en el Norte de África, donde el reino luso era un poder de gran importancia. En cierto modo, será Portugal, interviniendo en la guerra de Sucesión castellana, quién impulse a los Reyes Católicos a retomar la vocación africanista de la Corona, olvidada –o al menos, apartada- durante años. La necesidad de dañar las fuentes del poderío económico luso y de su suministro de trigo, dependiente del Magreb en los periodos de hostilidad con Castilla, llevarán a que el teatro africano se convierta en un escenario más de la guerra, quizá secundario en comparación con la frontera castellano-portuguesa, pero desde luego, de relieve. Y, desde este regreso al primer plano político, ya el Magreb no lo habrá de abandonar, pese a periodos de relativa calma.

El descubrimiento de América fue otro de los factores que condicionó el desarrollo de las actividades peninsulares en África, constituyendo un acicate para ciertos aspectos, como por ejemplo la conquista de las islas Canarias. Perjudicadas se vieron las pesquerías, que los Reyes Católicos ordenaron suspender durante las negociaciones de los años 1493 y 1494, con vistas a limar las asperezas con Portugal para facilitar concluir un tratado sobre el reparto del Nuevo Mundo. En este marco americano también hay que situar un buen número de acciones diplomáticas que tuvieron por escenario la corte papal, cuyas bulas y breves desempeñaron un papel determinante en el respaldo a una u otra postura en las cuestiones americanas y, muchas veces, también en las africanas. Si los pontífices anteriores otorgaron a Portugal numerosos derechos sobre las costas del continente negro, Alejandro VI benefició a los Reyes Católicos, de forma que, en conjunto, puede hablarse, como si de un combate de boxeo se tratara, de un empate técnico en la cuestión de a quién benefició la diplomacia pontificia en la cuestión africana.

Al igual que el descubrimiento de América, los sucesos de Granada entre el año 1492 y la muerte de Isabel en 1505 condicionaron en gran manera el devenir africano del reinado,

en ciertos aspectos potenciándolo y en otros entorpeciendo. Es indudable que las revueltas granadinas supusieron distorsiones y retrasos en los proyectos magrebíes de Fernando, al tener que destinar grandes cantidades de hombres y recursos a combatir a Abén Humeya, Aben Aboo y demás rebeldes; así mismo, la intranquilidad en la retaguardia peninsular que la amenaza de nuevas revueltas suponía y el posterior exilio de la población musulmana que se negó a convertirse, añadieron un plus de dificultad a una empresa –la del asentamiento hispánico en el Magreb- que ya presentaba de por sí problemas de gran calado. Por el contrario, este peligro interno sirvió para afianzar el convencimiento de que África del Norte constituía una cuestión de la que Castilla no podía desentenderse y la ocupación de determinados puntos de su litoral se concibió como una necesidad perentoria e irrenunciable para la seguridad de la Península.

Las guerras de Nápoles parecen plantear una disyuntiva a la monarquía: ¿Italia o África? ¿Cuál era el verdadero interés? A la luz de los acontecimientos, leídos en su superficie, dado que se dio prioridad a las campañas italianas, parece que el plan fernandino hubiera estado orientado hacia Italia. Sin embargo, una visión algo más profunda de los sucesos y su cronología quizá admita una lectura diferente: el plan de la Corona era África, pero Nápoles era una necesidad. Dicho de otro modo, las intervenciones en Nápoles son sucesos circunstanciales, mientras que las campañas africanas responden a un plan preconcebido, constante y extenso.

Las guerras de Nápoles suponen una interrupción a los proyectos africanos, pero esa misma interrupción –con su correspondiente reactivación una vez la situación vuelve a ser encauzada en Italia- indica la existencia de un proyecto norteafricano, dado que no se puede posponer lo que no existe. Las guerras de Nápoles son accidentes provocados por inesperadas muertes, conflictivas sucesiones y la belicosidad de los reyes franceses; accidentes a los que los intereses en Sicilia y Cerdeña impiden que la monarquía hispánica se hurte, pero accidentes al fin y al cabo. Nada tiene de accidental, en cambio,

la cuidadosa operación para la toma de Melilla, que comenzó a tomarse en consideración y a planificarse cuatro años antes de llevarse por fin a efecto.

En este sentido apunta el que, una vez asegurado de forma definitiva –o al menos, asegurado durante dos siglos-, el virreinato napolitano con las victorias del Gran Capitán en Cerignola y Garellano, el retorno a las campañas africanas se produce con más fuerza que nunca, tomándose un gran número de plazas: Mazalquivir, Bugía, Orán, Trípoli...

De esto surge una vinculación entre las relaciones de la Corona hispánica con Francia y los sucesos de África. Fernando, hábil estratega y con plena comprensión de las inmensas vulnerabilidades que podría suponer a sus intereses mantener conflictos abiertos en dos frentes diferentes, se cuidará mucho de intervenir en el Magreb en aquellos momentos en los que la tensión, diplomática o bélica, con el vecino del Norte no garantizaba la inmovilidad gala. Los Reyes Católicos recurrieron tanto a la diplomacia como a la guerra para contener las ambiciones francesas. Del segundo caso ya hemos visto las guerras de Nápoles, del primero constituyen grandes ejemplos tratados como los de Corbeil, o el de Barcelona, que firmado en el contexto de las negociaciones previas al Tratado de Tordesillas, dio a la monarquía una tranquilidad para negociar con Portugal las cuestiones africanas y americanas que, con una Francia plenamente hostil, no hubiera sido posible.

El enfrentamiento con el imperio otomano de Constantinopla, que había comenzado a insinuarse como una posibilidad en las décadas que mediaron entre el hundimiento de Bizancio y la conquista de Otranto, era ya una amenaza cierta en el reinado de Isabel y Fernando y se convirtió en hecho consumado a partir del año 1500, cuando la Corona intervino en la guerra turco-veneciana ayudando a una Serenísima República a la que el poder de Bayaceto II Ilderim había acorralado a lo largo del Peloponeso y la costa Adriática. La necesidad de proteger los intereses en Sicilia e Italia de las amenazas turcas, así como las Baleares y la costa levantina peninsular de los

ataques, sostenidos y alentados por la Sublime Puerta, de los corsarios berberiscos de Argel y sus aliados, fue el motor de muchas de las decisiones mediterráneas tomadas por los Reyes, incluidas, por supuesto, las relacionadas con África. La expansión hacia el Este que se viviría entre los años 1505 y 1520 fue una de estas consecuencias, en el intento de la monarquía hispánica de salvar el Norte de África de la larga sombra de los sultanes otomanos. En este marco hay que situar las amistosas relaciones de Isabel y, sobre todo, Fernando con el soldán de Babilonia, gobernante de Egipto, con quien se concluiría una alianza –extraña para aquellos que ven en el elemento religioso el principal factor motor de la expansión africana peninsular- para defender sus dominios de una posible anexión turca, si bien dicha alianza quedó en papel mojado, dadas las circunstancias, cuando el ataque otomano se verificó.

Integrado parcialmente en todo lo anterior, pero con un peso específico propio, encontramos un importantísimo factor comercial que tuvo que ver casi con cada decisión que afectó a África en la Corte de los Reyes Católicos. El oro, los esclavos, las cabalgadas e incluso el corso dejaban pingües beneficios en las arcas de la Corona y los municipios. Otros productos, como el caso del trigo, tenían un valor estratégico de importancia, ya que de su disponibilidad o su escasez dependía no solo la situación estratégica de un país, sino la tranquilidad del mismo. Del comercio aragonés en Oriente a la captura de guanches en Tenerife, de las caravanas de oro provenientes del Sudán al contrabando de materias vedadas, del pago del almojarifazgo en Málaga a la venta de grano al rey de Túnez, los factores económicos relacionados con el comercio internacional fueron determinantes en el desarrollo de la política norteafricana peninsular, tanto castellano-aragonesa como portuguesa.